

§ 112.

**La actividad de las criaturas se apoya en la actividad
de Dios**

Toda la actividad de las criaturas es realizada por Dios como agente principal (doctrina segura y general).

1. El “concurso” de Dios no consiste meramente en el hecho de que Dios da la fuerza para obrar y ofrece la ocasión de

hacerlo. No es tampoco una influencia moral externa ejercida sobre las criaturas (consejo, precepto, amenaza). Es, más bien, una ejecución de la actividad de las criaturas. Dios opera las operaciones del hombre. El hombre ha sido creado como ser activo. Dios está íntimamente presente en el hombre que obra, siendo el agente principal y cooperador. La relación entre el Creador y la criatura no ha de ser concebida de tal modo como si Dios ejecutase una parte de la acción y la criatura la otra parte. Antes bien, toda la acción es totalmente realizada por Dios y la criatura. La actividad de la criatura no hace superflua la actividad de Dios. Dios tiene que cooperar, ya que la criatura no puede hacer nada sin la cooperación de la fuerza divina. La actividad de Dios no hace superflua la de la criatura ni la convierte en una pura apariencia de acción. La criatura es causa real, pero para obrar necesita la fuerza divina, es una "causa secundaria" y depende de la "causa primaria", es decir, de Dios. En las operaciones de la criatura opera Dios mismo. Dios obra en el obrar de la criatura. Si bien es cierto que Dios podría hacer todo lo que se hace, debido a su infinita bondad, ha querido que la criatura fuese semejante a El, no sólo en su ser autónomo, sino también en la autonomía de su obrar (actividad propia de la criatura derivada de Dios). Dios ha querido que las criaturas fuesen semejantes a El, que es el ser puro, mediante su subsistencia, y que fuesen semejantes a El, que es actividad pura, mediante su obrar propio.

La actividad divina que sirve de fundamento a la actividad de la criatura suele llamarse "concurso" de Dios. Esta expresión ha sido consagrada por una tradición secular. No obstante, para evitar equívocos conviene no perder de vista el carácter analógico de la palabra "concurso". Si se emplease esta palabra en el sentido que tiene en nuestra experiencia normal, podría despertar la idea de que el hombre es el agente principal y Dios un agente secundario, un agente que añade su actividad a la del hombre. Un ejemplo puede ilustrar el estado de cosas: Cuando dos personas hacen juntas un viaje, siendo una de ellas la persona principal y la otra un mero acompañante, solamente de la segunda puede decirse, en sentido estricto, que viaja con la primera, y no viceversa. El servidor viaja con su señor, no el señor con el servidor, a no ser en el sentido de que el señor manda al servidor que le acompañe. Por consiguiente, sería mejor decir: el hombre coopera con Dios, que decir: Dios coopera con el hombre. La actividad de Dios

es una realidad intangible, que abarca y sostiene la actividad de la criatura.

2. En la *Sagrada Escritura* y en la *Tradición* se habla con frecuencia de la actividad conservadora y “cooperante” de Dios, sin establecer una distinción entre ambas. Según el AT, Dios opera la realeza de los pueblos y la actividad cotidiana de la vida de los particulares (*Ex.* 24, 10; *Deut.* 3, 24; 11, 3. 7; *Jos.* 24, 31; *Ps.* 66, 3, 5; todo el libro de Tobías; *Is.* 45, 11; *Jer.* 50, 25; 51, 10). Suceda lo que suceda al hombre, la causa es Dios (*Is.* 26, 12). Dios produce la vida y la ruina. Pero sólo el creyente es capaz de descubrir en la Naturaleza y la Historia la actividad de la voluntad divina, la cual condena y salva (*Is.* 5, 12; 22, 11; 28, 21; 29, 23). En los *Salmos* se dice que Dios es el que devuelve la vida al enfermo condenado a morir, y Dios es también el que ayuda a los justos para que puedan vencer a sus enemigos. “Lo que me hacen la mujer, los hijos, los amigos o enemigos, el bien y el mal que me hacen los hombres, es siempre Dios el que lo hace” (Kittel, *Wörterbuch zum NT*, II, 637 y sig.; artículo “Ergon”).

La actividad de Dios de que habla Jesucristo en *Io.* 5, 12, es una actividad que se refiere tanto al ser como al obrar de las criaturas. Dios obra las decisiones de la voluntad y las obras de la mano (*Phil.* 2, 13).

Aunque en la *Sagrada Escritura* se dice que son acciones de Dios todas las acciones de la criatura, estas últimas no quedan convertidas en mera apariencia. Dios obra, y también la criatura obra. La actividad de la criatura queda reasumida en la de Dios. En ninguna parte se trata de establecer un equilibrio entre la acción de Dios y la acción de las criaturas. La *Sagrada Escritura* describe la realidad concreta de las cosas y de los acontecimientos. Acentúa la actividad de Dios y la actividad del hombre, sin tratar de establecer una armonía entre ambas. Cuando habla de la actividad de las cosas, acentúa tanto la actividad de Dios que parece quedar excluida la actividad propia de la “causa segunda”. Más aún, en vista de la energía con que la *Escritura* acentúa la intervención de Dios en las más íntimas decisiones del espíritu creado, se plantea el problema de si efectivamente se puede seguir hablando de libertad. Dios “hace que Absalón rechace el buen consejo de Aji-tofel para atraer sobre él la desgracia, incita a Jeroboán a que atienda las peticiones del pueblo, induce a David a que realice el censo, causa de su ruina. Al parecer, es Dios quien excita el odio

ensañado de Saúl contra David; Dios es quien endurece el corazón de Faraón, de Sión, de los cananeos en general. Más aún, envía a los profetas dándoles la siguiente orden: "Endurece el corazón de este pueblo, ciega sus ojos, cierra sus oídos para que no vean ni oigan ni vuelvan a encontrar la Salvación. Dios derrama sobre su pueblo el espíritu del sueño profundo y endurece su corazón" (Eichordt, *Theologie des AT*, II, 93). Los hombres son en la mano de Dios lo que es la arcilla en las manos del alfarero (*Jer.* 18, 6). "Arroyo de agua es el corazón del rey en mano de Yavé, que le dirige adonde le place" (*Prov.* 21, 1).

No quedarían bien interpretados ni el tenor literal ni el sentido de estos textos si se tratase de mitigarlos diciendo que sólo expresan una *permisión divina*. Dios es, efectivamente, la causa de las decisiones humanas arriba enumeradas. No obstante, según la Escritura, el hombre es responsable de sus acciones. Dios no quita al hombre la responsabilidad. Las amonestaciones y advertencias de los profetas presuponen la existencia de la libertad. Ante el hombre están la muerte y la vida. Se le dará lo que escoja (*Deut.* 30, 15-19; *Ecl.* 15, 14-20). "El postulado elemental de la libertad moral aparece con la misma fuerza junto a la convicción religiosa de que Dios es la causa universal, sin que se trate de establecer un acuerdo entre ambos elementos. Da testimonio de la imponente fuerza de la experiencia de Dios en el AT el hecho de que podía afirmar las dos realidades y soportar su tensión, sin desviarse de su incondicional validez" (Eichrodt, *l. c.*, 94). El AT condena incondicionalmente el pecado y al mismo tiempo acentúa todo lo que hay en él de *misterioso*. Consiste el misterio del pecado en el hecho de que el hombre se rebela voluntariamente contra Dios, a pesar de que no puede existir si Dios no le diese la existencia. Para que el hombre pueda existir y obrar, Dios tiene que rodearle de su amor, y, no obstante, el hombre puede negar a Dios, que es su fundamento, que es la fuerza personal en virtud de la cual obra. El hombre puede negar a Dios sin hundirse en la nada. Su odio es un "no" lanzado contra Dios, y, no obstante, sólo puede odiar en virtud de la fuerza que recibe de Dios. El pecador vive en la contradicción.

Que la Sagrada Escritura no pierde de vista la *libertad humana* lo demuestran sobre todo los textos en que se habla de las obras saludables. En definitiva, no hay acción alguna del espíritu creado que pueda ser considerada como neutral con respecto al fin sobrenatural, siendo todas con respecto a él o un acercamiento o un

alejamiento. La obra saludable se realiza precisamente en las acciones de nuestra naturaleza informadas por la gracia. Por consiguiente, partiendo de la conexión y entrelazamiento de la actividad divina y humana en el plano sobrenatural, se puede deducir la existencia de una conexión y entrelazamiento de la actividad divina y humana en el campo de lo natural.

Con respecto a la actividad de Dios en el campo sobrenatural, puede decirse lo siguiente: El espíritu sólo opera sobre el espíritu, sirviéndose de la autoactividad de la comprensión y del reconocimiento. La comunicación del espíritu en el NT es siempre personal, es decir, debe ser entendida según la analogía que ofrece una conversación, no según la analogía de procesos causales. La fe es *responsio*, contestación a la palabra de Dios, un acto personal: conocimiento, afirmación, confianza, obediencia. San Pablo describe la eficacia del Evangelio diciendo que encadena todos los pensamientos en la obediencia a Cristo. En el encadenarnos Dios con su palabra, en eso consiste la gracia. Pero nos encadena en una actitud de obediencia, en nuestra propia obediencia. La decisión tiene lugar lo mismo en su palabra de gracia que en nuestra respuesta de obediencia. Del mismo modo que la renovación de nuestra existencia tiene que ser descrita análoga a un proceso, en el cual nos comportamos sólo pasivamente: regeneración; así también esa renovación tiene que ser denominada con una palabra que designa nuestra suprema actividad: conversión. Es verdad, la parábola de la semilla que crece espontáneamente sirve para expresar el misterio. Pero también se emplea la parábola del comerciante que vende todo lo que posee para poder comprar la preciosa perla. Es verdad, ninguna importancia tienen nuestros deseos y esfuerzos, y, no obstante, se nos dice obrad vuestra Salvación con temblor y temor. ¡Arrebatad la vida eterna a que habéis sido llamados! ¡Luchad la buena lucha de la fe! “Pues nadie será coronado, si es que no lucha.” Es el Señor el que prepara el banquete. Pero ¡ay del que olvida ponerse el vestido nupcial que le ha sido donado! Véase el *Tratado sobre la Gracia*.

3. San Agustín escribe en la octava exposición del Evangelio de San Juan (Núm. 1; *BKV* IV, 135 y sgs.): “El milagro con que nuestro Señor Jesucristo convierte el agua en vino no tiene nada de extraño para los que saben que es Dios quien lo realiza. El que aquel día, con motivo de las nupcias, creó vino en los seis jarros que había mandado llenar de agua, es el mismo que todos los años llena de vino las cepas. Porque del mismo modo que el agua vertida por los criados en los jarros fué

convertida en vino en virtud de la obra del Señor, así también el agua que las nubes derraman se convierte en vino debido a la actividad del mismo Señor. Pero como sucede año tras año, no nos admiramos de ello; debido a la continua repetición ha dejado de ser una cosa extraña. No obstante, merece una más amplia atención que lo que sucedió en los jarros al convertirse el agua en vino. Porque ¿quién podrá contemplar las obras con que el Señor rige y gobierna el mundo sin admirarse y sin quedar asombrado por los milagros? La fuerza de un solo grano, de una semilla cualquiera, es una cosa grandiosa, un objeto de admiración para el que la contempla. Pero como quiera que los hombres, pensando en otras cosas, no se dan cuenta de las obras divinas, en las cuales diariamente habían de ensalzar al Creador, Dios se encarga de realizar cosas extraordinarias para que los hombres, que se han quedado como dormidos, se acuerden de ensalzarle. Un muerto ha resucitado, y todo el mundo se admira de ello; día tras día nacen nuevos seres humanos, y de ello nadie se admira. Considerándolo todo debidamente, tendremos que conceder que es mayor milagro que comience a ser alguien que antes no existía que la resurrección de alguien que había existido antes. El mismo Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, lo hace todo con su Palabra, y el que lo ha creado todo sigue todavía obrando. Los milagros de otros tiempos, los hizo Dios mediante su Palabra, que es Dios con él; los milagros posteriores, los hace también mediante esa misma Palabra, que por amor nuestro ha tomado carne y se ha hecho hombre. Así como admiramos lo que ha hecho Jesús en cuanto que es hombre, así también tenemos que admirar lo que ha hecho Jesús en cuanto que es Dios. Mediante Jesús Dios han sido hechos los cielos y la tierra, el mar y toda la hermosura de los cielos, la riqueza de la tierra, la fecundidad de los mares; todo lo que vemos ha sido hecho mediante Jesús Dios. Nosotros lo vemos, y si habita en nosotros su espíritu, nos agrada de tal modo que ensalzamos al artista, guardándonos bien de mirar de tal modo las obras que dejemos de ver al artista, dirigiendo, por decirlo así, la mirada a las obras, y dando la espalda al Hacedor.”

4. *La razón iluminada por la fe* puede fundamentar de la siguiente manera la actividad de Dios en cada una de las acciones de las criaturas: Todo lo que existe tiene su origen en Dios, que es el ser absoluto. Ahora bien, toda actividad tiene un ser real distinto de la substancia y de la fuerza del sujeto agente. Además, la criatura depende totalmente de Dios, y tiene que depender de Dios también en el obrar. El que la criatura sea dependiente de Dios en lo concerniente a su actividad, quiere decir que Dios es el fundamento de esa actividad, lo mismo que es el fundamento del ser de las criaturas, en cada uno de sus actos. Sin la actividad de Dios no podría existir la actividad de la criatura, que tiene que ser necesariamente una actividad creada. Afirmar que existe la actividad creada fuera de la actividad divina, que es su fundamento, equivale a afirmar que la criatura, en el momento de su actividad, no depende de Dios, o sea que no es criatura.

La actividad universal de Dios, la ley natural y la libertad.

5. No se puede aducir como objeción contra la causalidad universal de Dios la existencia de *leyes naturales*, sobre todo las leyes relativas a la conservación de la materia y de la energía. La universalidad de la causalidad divina no se opone a la eficacia de las leyes naturales, sino que es su punto de partida. Tampoco suprime las leyes naturales un físico que de entre dos posibles circuitos pone uno solo en actividad. En virtud de su omnipotencia, Dios puede evitar que de su actividad reguladora pase nueva energía al sistema regulado (mero proceso de conexión y regulación).

Además, la exposición completa de un proceso determinado por leyes naturales no excluye la posibilidad de la existencia de una realidad superior y extraña que opere junto con las leyes naturales. Un ejemplo puede servir para ilustrar lo que acabamos de decir: Un físico completamente amusical puede analizar todos los fenómenos físicos de una melodía (vibraciones, intensidad de los sonidos, duración de un sonido, etc.) y expresarlos mediante fórmulas adecuadas, sin ser capaz de constatar la realidad verdaderamente importante y decisiva (la melodía). Lo mismo que la melodía flota en y entre los sonidos, así también la cooperación de Dios flota en y entre los movimientos de la actividad de las criaturas.

La cooperación de Dios no se puede constatar, en primer lugar, porque la actividad de Dios se acomoda a las leyes naturales, e igualmente a la libertad del hombre, ocultándose en y detrás de los procesos observados; en segundo lugar, porque nos falta un órgano capaz de percibir directamente a Dios (véase § 34), por ser Dios en todo totalmente distinto de las criaturas.

La creencia en la cooperación divina en todo lo que sucede, según la cual Dios coopera en todo lo que sucede y se hace, inspira en nosotros sentimientos de confianza y sumisión, despierta y desarrolla en nosotros la convicción de que Dios está cerca y de que nosotros estamos unidos siempre con El, nos comunica fuerza, energía y valor al obrar y nos incita a desarrollar todas nuestras fuerzas. (Cfr. el texto de Kühnel, páginas 74 y sigs.)

6. La *intervención activa* de Dios no suprime la *libertad* de la criatura. Dios se adapta a la Naturaleza y al hombre, creados por El. Dios pone en marcha la actividad de la criatura y la reasume en su propio obrar, de modo que sobre el fundamento de

la actividad divina las cosas naturales obran con necesidad natural, y las criaturas libres, libremente. Porque conviene no olvidar que la libertad de las criaturas ha sido creada, es decir, depende de Dios en cuanto a su ser y su actualización. No puede ser activada si la actividad de Dios no la sostiene y soporta. Debe evitarse incurrir en el error de imaginarse que la relación entre Dios y la criatura libre es semejante a la que media entre el hombre y sus semejantes. En este último caso, sólo pueden darse dos posibilidades: o bien dos hombres se juntan para llevar a cabo una empresa, uniendo y aumentando de este modo las fuerzas de que disponen, o bien el uno se sirve del otro como de instrumento, ya sea que el último sea despojado de su voluntad, ya sea que él mismo renuncie a su voluntad. La relación entre Dios y el hombre es totalmente distinta, consistiendo la razón de ello en el hecho de que Dios es totalmente distinto del hombre. Dios circunda con su amor creador el ser y el obrar de todas las criaturas de adentro hacia afuera, a partir de los más profundos fundamentos de la existencia, del pensar y del querer. Cfr. la doctrina sobre la gracia.

Mediante su intervención en la actividad de la criatura, Dios no se hace responsable del *pecado* de las criaturas. En toda acción pecaminosa hay que distinguir el obrar en cuanto tal, el ser del obrar, el contenido ontológico del obrar y la falta del bien en tal obrar. En cuanto que el obrar es un ser, en cuanto que tiene un contenido ontológico, Dios es su principal agente. La criatura, al contrario, es responsable de que ese obrar vaya afectado de una falta de bien, de una falta cualitativa, ocasionada por una defectuosa orientación de la actitud, por una orientación que no conduce al hombre hacia Dios, sino que le aparta de El. Dios permite que surja tal falta, sin ser El quien la produce. Ejemplo: El movimiento de un cojo. Es la voluntad la que causa este movimiento, sin ser precisamente causa del cojear.

Gratry escribe lo siguiente en *Sabiduría de la fe*: "Los movimientos de nuestra voluntad, como todos los movimientos provienen de Dios. "Dios obra en todo lo que obra", dice Santo Tomás de Aquino. Es allí la causa primera; comunica el primer impulso; no obstante, el hombre libre dirige el impulso y estructura a su modo el movimiento. Podemos observar cómo una máquina puede transformar el movimiento recibido, transforma el movimiento alterno en movimiento circular, el movimiento rectilíneo en movimiento oblicuo; en general, puede transformar cualquier movimiento en un movimiento contrario. Esto mismo hace la libre voluntad; pero en proporciones mayores. ¿No convierte cada uno de nosotros, diariamente, los impulsos divinos en falsas pasiones, el impulso a

la valentía en ira desenfrenada, el entusiasmo del corazón en falso egoísmo, el amor generoso en mezquina pasión, las inclinaciones en sensualidad y la sed de eterna gloria en orgullo y vanidad? Esto es lo que nos enseña la Sagrada Escritura; "Contra el perverso se muestra Dios perverso. Cuando pedís algo... queréis regocijaros en vuestros placeres", y Jeremías exclama: "El aliento de nuestra boca, el Ungido de Yavé, está prisionero a causa de nuestros pecados." Dios nos da la vida y la produce en nosotros con su presencia; nosotros hacemos mal uso de ella imitando el ejemplo de las plantas, que transforman en veneno la luz del sol. Dios es amor. Dios ha querido crear seres que fuesen capaces de amar. Pero para poder amar, hay que ser libres. El amor es libre o no es amor. Para que en el mundo dominase el amor, era necesario que hubiese seres libres. Si faltase la libertad, la Creación sería corpórea, muda, inerte e insensible; no sería espiritual y racional. Si faltase la libertad, la Creación sería inclemente, carecería de corazón, no sería misericordiosa, y carecería también, por consiguiente, de finalidad y hermosura. Ha sido, pues, necesaria la libertad. Ahora bien, ¿qué es la libertad? Es la real e ilimitada capacidad de querer o no querer, de amar o no amar, de amar u odiar. La libertad desaparecería si Dios venciese a pesar de nuestra oposición. Somos libres: podemos decir sí o no a Dios. La libertad del corazón es la que puede rechazar para siempre el corazón de Dios... El Concilio de Trento ha definido dogmáticamente que el hombre puede oponerse a Dios y puede rechazar la gracia divina, ya que de otro modo el hombre no sería libre... Nosotros nos movemos libremente entre los dos extremos señalados por San Agustín: "El amor propio que llega hasta despreciar a Dios, y el amor de Dios que se convierte en odio de sí mismo." En esto consiste la grandeza de la Creación libremente producida por Dios. El Padre de los hombres nos ha amado tanto que se decidió a crearnos a pesar que sabía que tendría que mendigar nuestro amor, sin conseguir obtenerlo siempre."

7. En lo concerniente al *modo* de la causalidad universal de Dios, surgen ciertas dificultades, en especial cuando se trata de la intervención en la actividad de las criaturas libres. Se trata de saber si la intervención divina determina la acción de la criatura o si solamente sostiene una actividad que espontáneamente se deriva de la criatura (*concursus simultaneus* o *concursus praeivius*). Frente a la teoría de los *tomistas* se halla la de los *molinistas*. En el *Tratado sobre la Gracia* se estudiarán detenidamente ambos sistemas. Aquí nos vamos a limitar a hacer las siguientes observaciones:

a) Los *tomistas* enseñan lo siguiente: Dios no se limita a conservar las fuerzas libres o no libres del agente creado. Mediante una influencia ejercida sobre la fuerza creada, hace que ésta pase de la mera y quieta posibilidad a la realidad activa, de la potencia al acto. En efecto, para que una fuerza dada se convierta en actividad, se precisa para ello un impulso divino especial. Así como el obrar humano no puede existir sin

la cooperación directa de Dios, así tampoco el comienzo del obrar humano podría darse si faltase la intervención directa divina. La influencia de Dios precede a la actividad de la criatura, no temporalmente, pero sí en el orden objetivo (*praemotio*). La iniciativa divina tiene la primacía sobre la creada. Lo mismo que Dios está por encima de todo lo creado, así también la actividad divina es superior a la actividad creada. La iniciativa divina abarca y mueve la iniciativa de la criatura. A la intervención divina se debe el que el hombre pueda comenzar a obrar. La influencia divina convierte la potencia en acto, la disposición en actividad, y permanece presente mientras dura la actividad de la criatura. La "cooperación" de Dios es una actividad predeterminante, en cuanto que Dios no sólo comunica un impulso a la potencia creada, sino que también la mueve hacia un fin determinado (*preadeterminatio*). La intervención divina es de por sí internamente efectiva, de modo que el efecto intentado surge con seguridad infalible.

La doctrina tomista elabora lógicamente las consecuencias que se deducen de la causalidad primaria y universal de Dios y de la dependencia en que la criatura se halla con respecto a Dios. Toma en serio el hecho de que las cosas son criaturas de Dios y, por consecuencia, dependientes del Creador siempre y en cada momento. Pero a modo de montaña inescalable se levanta ante ella una irresoluble dificultad: ¿cómo compaginar la premoción divina y la libertad de la voluntad, y cómo se explica que Dios no sea la causa del pecado?

b) A causa de esta dificultad, los *molinistas* rechazan la premoción y afirman que la actividad divina es un "concurso" simultáneo. En la realización de un acto libre, Dios y el hombre son "socios en igualdad de condiciones". Dios extiende su mano al hombre. El hombre extiende su mano hacia Dios, y las dos manos, movida la una por iniciativa divina, la otra por iniciativa humana, se juntan a medio camino para producir una acción determinada. Dicho de otro modo: la voluntad de la criatura se determina a sí misma. Previo el paso de la potencia al acto, prevista por Dios mediante la *scientia media* y realizado por la voluntad humana, la actividad cooperante de Dios interviene simultáneamente, en lo que se refiere al tiempo, ulteriormente, en lo que se refiere al orden objetivo de las cosas. Muchos molinistas establecen una distinción entre esta "cooperación" ofrecida y una cooperación concedida. Dios ofrece su ayuda a la voluntad. Bajo la influencia de esta oferta, la voluntad puede obrar libremente, puede hacer esto o lo otro. Dios extiende hacia el hombre la mano. Este puede cogerla o no. Supuesto que el hombre, en un acto de libre decisión, extienda la propia mano hacia la de Dios para agarrarla, entonces Dios pone su mano en la humana. De este modo se verifica la actividad prevista.

La teoría molinista explica mejor la libertad humana, pero, al parecer, no destaca debidamente la dependencia en que se halla la actividad humana con respecto a la actividad de Dios. El obrar efectivo, lo mismo que el ser activo, es una realidad. Por consiguiente, tiene que ser realizado por Dios, ni más ni menos que cualquier otra forma de ser; de otro modo habría que admitir, al parecer, que la criatura puede crear el ser. Algunos molinistas afirman que, en primer lugar, Dios impulsa la voluntad sin señalarla una meta determinada. Pero parece poco probable que Dios, al cooperar, no se proponga finalidad alguna, derivándose ésta de la vo-

luntad de la criatura. Por lo que se refiere a la objeción molinista, a saber, que según la teoría tomista Dios tendría que ser la causa del pecado, los tomistas responden estableciendo una distinción entre el contenido ontológico de una acción y el defecto con que va señalada. Arriba se habló ya de ello. Cf. también el § 84. Conviene observar que también la teoría molinista tiene que servirse de esta distinción para explicar la inculpabilidad de Dios, el cual, también según ella, coopera con el pecador que comete un pecado (*concursum simultaneum*). Los tomistas rechazan la objeción de que su teoría destruye la libertad, afirmando que Dios mueve a cada una de las criaturas de acuerdo con su propia naturaleza, moviendo la libertad de tal modo que esa voluntad puede obrar libremente. La moción divina no suprime la libertad, sino que produce actividad libre. Tiene que intervenir necesariamente para que la voluntad, de por sí potencial, pueda ejercer su natural libertad.

c) Las dificultades con que tropiezan ambas teorías demuestran que el problema relativo a la conjunción y coincidencia de la libertad humana y de la causalidad divina es un misterio inescrutable. No hay solución alguna que sea capaz de disipar la oscuridad. El molinismo esclarece puntos que el tomismo deja sumidos en la oscuridad. Viceversa, el molinismo no puede explicar aspectos que quedan esclarecidos en el tomismo. Cfr. §§ 83 y 84. Explicaciones ulteriores, en el *Tratado sobre la Gracia*.